

en ocasiones á enseñorear accidentalmente la provincia. Deslizábase otras á Vizcaya, y obrando en combinacion con Renovales, Longa, Campillo y el Pastor (Jáuregui), hacían sorpresas, ganaban parciales acciones, y traían en continua inquietud al general Caffarelli, uno de tantos italianos que servían en el ejército imperial y gobernaba á nombre de Napoleon aquella provincia. De allí volvía Porlier á Asturias, antiguo teatro de no pocos triunfos suyos, á contener y estrechar á Bonnet. Últimamente y ya en diciembre (1811) el general de este séptimo ejército Mendizábal, acompañado de Longa con quien frecuentemente viajaba, avistóse en tierra de Burgos con el célebre partidario Merino, llamando los tres de este modo la atención de los enemigos hacia aquellas partes y distrayéndolos de otras, que era uno de los importantes y no pequeños servicios que hacían.

Hemos bosquejado rápidamente los sucesos militares de la última mitad del año 1811 en Cataluña, Aragón, Navarra, Extremadura, Castilla y provincias septentrionales de España, en tanto que acontecía el que entonces absorbía el interés y la atención general, el de la campaña y pérdida de Valencia en otro capítulo referido. Tampoco en el Mediodía y hacia la parte en que tenía su asiento el gobierno supremo había ocurrido cosa de la importancia de este último, ni que alterara sustancialmente la situación respectiva de los que amenazaban y de los que protegían la residencia de la representación nacional. Por nuestra parte, Ballesteros para divertir al enemigo había hecho un desembarco en Algeciras (4 de setiembre), y poco después deshió en San Roque una columna que contra él había sido enviada. Comprendió Soult la necesidad de emplear medios mas serios y fuerzas mas considerables, y destinó contra él á los generales Godinot y Semelé con 9 á 10,000 hombres. Ballesteros se refugió á tiempo bajo el cañon de Gibraltar (14 de octubre), y los franceses tuvieron que limitarse á recorrer la costa. Intentó Godinot apoderarse por un golpe de mano de Tarifa, y también le salió fallido su intento. Sobre ver frustrado su principal designio, irritábanle y no podía sufrir las correrías de los rondeños, que allí, como en el resto de España, haciendo acometidas y cortando víveres, eran la mortificación de las tropas regulares francesas, con lo que hubo de volverse amostazado á Sevilla, picándole la retaguardia Ballesteros; el cual además, aprovechando la retirada de Godinot, y marchando una noche á las calladas, sorprendió en Bornos al general Semelé (noviembre, 1811) ahuyentándole y haciéndole un centenar de prisioneros. En cuanto á Godinot, hombre en quien ya se había notado extravagancia, como al regreso á Sevilla se viese reconvenido por el mariscal Soult por el ningun fruto de su expedición, acabósele de trastornar el juicio, y puso fin á sus días con el fusil de un soldado de su guardia.

«Tal era la situación de las cosas (dice un escritor francés, resumiendo como nosotros los acontecimientos de este año), cuando José, viendo que el millon mensual prometido, y que debía surtirle por el tesoro de Francia á título de préstamo, no llegaba nunca con regularidad, y que por otro lado no podía existir sin socorro, tuvo el 24 de diciembre una larga conferencia con el embajador de Francia. De cuyas resultas le dió una nota que contenía una especie de renuncia de la corona de España, si la condicion del socorro mensual no se cumplía. Se ve (añade) que el año 1812 se anunciaba bajo bien tristes auspicios (1).»

(1) En efecto, con aquella fecha (24 de diciembre) escribió José al emperador su hermano las dos importantes y curiosas cartas siguientes:

José á Napoleon

«Señor: mi posición ha empeorado de tal modo por una multitud de circunstancias, independientes sin duda de la voluntad de V. M., que me determino á presentarla á vuestros ojos, suplicándoos oigais al general Ornano, portador de la presente, que ha vivido bastante cerca de mí en Madrid para conocerla.—Estoy convencido de que V. M. hará cesar el orden de cosas de que me quejo tan pronto como le conozca.

»Hoy estoy reducido á Madrid. Estoy rodeado de la mas terrible miseria; no veo en derredor de mí sino desgraciados; mis principales funcionarios están reducidos á no tener fuego en su casa. Todo lo he dado, todo lo he empeñado; yo mismo estoy cerca de la miseria. Permítame

CAPITULO XVIII

Continuación de la guerra.—Mudanza en la situación del rey José.—Miseria y hambre general

(De enero á mayo)

1812

Defiéndese Alicante contra el general Montbrun.—Heróica muerte de don Martín de la Carrera en Murcia.—Afrontosa rendición de la plaza de Peñíscola á los franceses.—Formaliza Wellington el sitio de Ciudad Rodrigo.—Toma la plaza y hace prisionera la guarnición.—Emprende el sitio de Badajoz.—Brillante defensa que hacen los franceses.—La asaltan y toman los aliados.—Mal comportamiento de los ingleses en la ciudad.—Viene Soult de Andalucía á Extremadura, y tiene que volverse.—Marmont que iba á Badajoz toma otro giro obedeciendo á órdenes imperiales.—Amaga á Ciudad-Rodrigo y Almeida.—Retrocede sin fruto á Salamanca.—Castaños en Galicia.—Rápida invasión de Bonnet en Asturias.—Manda otra vez Santocildes el 6.º ejército español.—Santander y Provincias Vascongadas.—Mendizábal, Porlier, Longa, Renovales, Jáuregui.—Fusilan los franceses cuatro individuos de la junta de Burgos.—Represalias terribles que toma el cura Merino.—Navarra y Aragón.—Mina.—Segunda sorpresa que hace en Arlaban.—Peligro en que se vió de verse cogido en Aragón.—Anécdota curiosa.—Muerte de su segundo Cruchaga.—Es herido el mismo Mina.—Parecido lance en que se vió el Empeinado.—Sorpresa y pérdida que tuvo.—Duran y Villacampa.—Partidas en Valencia.—La guerra en Cataluña.—Lacy, Sarsfield, el baron de Eroles.—Acciones de Villaseca y Altafulla.—El baron de Eroles en Aragón.—Acción de Roda.—Divide Napoleon la Cataluña en cuatro departamentos.—Da el mando del Principado á Suchet.—Operaciones en Andalucía.—Fuerza que tenía Napoleon en España.—Cambio notable en su conducta con su hermano José.—Le confiere el mando superior de todos los ejércitos.—Motivo de esta mudanza.—Amenaza la guerra entre Francia y Rusia.—Conducta recíproca de los dos emperadores.—Capciosas proposiciones de paz que hace Napoleon á Inglaterra.—Rompimiento entre los dos imperios.—Fuerzas inmensas que lleva Napoleon.—Sale de París.—Miseria pública en España.—Carestía horrible.—Hambre general.—Cuadro doloroso que ofrecía la nación.—Alegría y bienestar de que se gozaba en Cádiz.

«Se ve, decía el escritor francés que citamos al final del capítulo anterior, que el año 1812 se anunciaba bajo bien tristes auspicios.»

me V. M. volver á Francia, ó haga V. M. I. pagarme exactamente el millon mensual que me ha prometido á contar desde 1.º de julio: con este socorro puedo ir pasando, aunque mal; sin él no puedo prolongar mi permanencia aquí, y aun tendré dificultades para hacer mi viaje; he agotado todos mis recursos.

»Sobre todo, señor, permítidme librar directamente sobre el tesoro imperial, ó que las órdenes de V. M. sean exactamente ejecutadas, y que el socorro mensual sea puntualmente cobrado en Madrid...

»Ruego á V. M. no me deje mas tiempo en este estado, y me haga dar la autorización para restituirme á Francia, ó la orden para cobrar exactamente el millon, á contar del mes de julio.—He hablado mucho á M. de Laforest, que debe haber escrito al ministro de V. M.»

Del mismo en la propia fecha

«Señor: mi posición hoy es tal, que merecería las desgracias que me hace prever, si no la hiciese conocer á V. M. El general Ornano la conoce, él podrá hacerla patente á V. M. si se lo permite.

»En resumen, señor, estoy dispuesto á esperar los próximos sucesos que decidirán la suerte de la España; pero ruego á V. M. me provea de los medios de hacer efectivo en Madrid el millon mensual desde el mes de julio: sin este socorro me es de toda imposibilidad sostenerme aquí mas tiempo. Estoy empeñado en París por un millon de mis bienes; en Madrid tengo empeñados los pocos diamantes que me quedaban; he hecho uso de todo el crédito de que podía disponer. Envío á Burgos seiscientos hombres á buscar fondos: me es imposible encontrar aquí nada. Estoy reducido á Madrid. He hablado á M. de Laforest, y le he encargado que escriba todo lo que él puede ver con sus propios ojos, y aun lo que debía escribir sin ser provocado á ello.

»Ruego á V. M. no tarde en dar sus órdenes para que se me provea exactamente de estos fondos: el estado actual no puede durar sin una catástrofe imprevista, y yo debo mirar como un bien para V. M. su decisión, tal como ella sea, con tal que el estado actual termine. No quiero entrar en pormenores alictivos: V. M. debe creerme cuando me tomo la libertad de escribir de esta manera.—Correspondencia del rey José en 1811.—Du Casse, Memorias, tom. VIII.

No todo, sin embargo, ni en todas partes fué mal en el principio de este año para los franceses. Después de la toma de Valencia, nuestras tropas, así las que con el general Mahy se habían retirado á Alceira, como las que con el general Freire se hallaban en Requena, se replegaron á Elche y Alicante, y entre estas y las que guarnecían á Cartagena formaban todavía una fuerza de cerca de 18,000 hombres. El general francés Montbrun, que del ejército de Portugal había sido enviado con una división á reforzar el de Suchet, con noticia que tuvo de haber entrado este en Valencia, y viendo no serle ya necesario, en lugar de volverse donde mas falta hacia, como veríamos después, marchó contra los nuestros sobre Alicante (10 de enero, 1812), esperando de que á favor del desconcierto en que habían quedado, ó se le abrieran las puertas de la ciudad, ó la tomaría fácilmente. Pero en vano estuvo delante de ella 36 horas, en vano arrojó algunas granadas é intimó la rendición. Con la respuesta negativa de los nuestros tuvo por prudente retroceder sobre el Tajo, dejando en Elche y su comarca rastros de no pocas extorsiones y vejámenes á sus moradores.

Envió Suchet al general Harispe á la derecha del Júcar, colocó en Gandía al general Habert, y se apoderó de Denia, que abandonó el gobernador español don Estéban Echenique, no socorrido por Mahy. Tomó el mando interino de todas nuestras tropas don José O'Donnell, jefe del estado mayor del tercer ejército. Las de Villacampa se volvieron á Aragón, donde mas de continuo había hecho antes tantos y tan útiles servicios. Era esto en fines de enero, al tiempo que no lejos de allí en Murcia, el general don Martín de la Carrera, del mismo tercer ejército, immortalizaba su nombre y acababa su vida con una hazaña digna de contarse.

Hallábase la Carrera á las inmediaciones de Murcia, cuando llegó á esta ciudad el general Soult, hermano del mariscal, con gente del ejército de Andalucía. O por indicaciones del mismo general, ó por acto espontáneo de los suyos, lo cual es para nosotros indiferente, dispusieron aquellos agasajarle con un espléndido banquete en el palacio episcopal en que se alojaba. La Carrera, que mandaba gran parte de la caballería de nuestro segundo y tercer ejército, concibió el pensamiento atrevido de sorprender á los franceses cuando estuvieran en el festín. La población había de ser acometida por diferentes entradas á un tiempo: él con 100 jinetes había de entrar por la puerta de Castilla. Por desgracia los demás, sin que sepamos la verdadera causa, ó no concurrieron á los puntos designados, ó no se atrevieron á penetrar por ellos: entró él solo con sus 100 jinetes. La sorpresa fué grande, y habría tenido el éxito que se buscaba á haber contribuido á ella todos los que debieron tomar parte. A la voz de que estaban los españoles dentro de la ciudad sobresaltáronse los franceses, y especialmente los del festín: tan aturdido anduvo Soult, que levantándose de la mesa bajó tan azorado que faltó poco para que rolara la escalera. Pero al fin, puestos en movimiento los enemigos, cargaron todas sus fuerzas sobre el caudillo español, que con solos sus 100 hombres se defendió denodadamente en calles y plazas acuchillando cuantos franceses se le ponían delante. La lucha sin embargo no era sostenible: nuestros valientes soldados, aunque mataban, morían también: llegó Carrera á verse solo, y solo se defendió de seis enemigos que le rodearon, matando á dos, hasta que desangrado por las heridas que recibió de sable y de pistola, cayó sin aliento en la calle de San Nicolás, á que mas adelante en honra suya se dió el nombre de la Carrera.

Temeraria mas que heróica habría sido la hazaña de este insigne español, si solo sin auxilio hubiera pensado en acometerla. Vióse solo sin culpa suya, y no fué el hombre temerario, sino el guerrero heróico, que puesto en el trance supo ser ejemplo de valientes y nobles patricios, y que muriendo ganó immortalidad, como lo pregonó luego el cenotafio que la junta de provincia mandó erigir en el sitio de su gloriosa muerte. Los murcianos por cuya libertad se sacrificó, le hicieron los honores fúnebres con toda la solemnidad que permitía la angustia de un pueblo que, aunque evacuado por los enemigos la noche misma de la catástrofe, quedó llorando los excesos de aquellos, el despojo de sus fortunas, las demasias

por ellos cometidas hasta en las clases mas infelices y pobres. Estos mismos desmanes señalaron su retirada á Lorca.

Otro infortunio, de índole muy diversa, tan deshonroso para el que le causó como fué glorioso el que acabamos de contar, experimentamos también el primer mes de este año (1812). En la distribución que Suchet hizo de sus tropas después de la toma de Valencia, destinó al general Severoli con su división italiana á sitiar la plaza de Peñíscola, situada en la provincia de Castellón sobre una roca que avanza al mar constituyendo una especie de isla que solo se comunica con la tierra firme por una estrecha lengua, con fortificaciones sentadas en derredor del peñon. Guarnecíala con 1,000 hombres el gobernador don Pedro García Navarro, y por mar la protegían buques de guerra ingleses y españoles. No era, pues, de temer que la plaza fuera fácilmente tomada ni rendida, por mas que los enemigos colocaran baterías en las colinas inmediatas, y por mas que arrojaran sobre ella algunas bombas. Dificultades casi insuperables les quedaban que vencer, pero era contando con la lealtad y firmeza del jefe español que la defendía. Desgraciadamente no mostró poseer estas virtudes el García Navarro, y ya se trasladó de sobra en la facilidad con que se sometió á la intimación de Severoli, accediendo á entregar la plaza (2 de febrero), con tal que los suyos no fuesen prisioneros de guerra, sino que se pudiesen retirar donde quisiesen.

Vióse á las claras su deslealtad oprobiosa, cuando se publicó la comunicación en que ofrecía rendirse, la cual comenzaba: «El gobernador y la junta militar de Peñíscola, convencidos de que los verdaderos españoles son los que unidos al rey don José Napoleon procuran hacer menos desgraciada su patria, ofrecen entregar la plaza... etc. (1).» Así añadía con cierto deleite el Diario oficial del gobierno intruso: «La capitulación de Peñíscola es un testimonio de que los verdaderos españoles, que, ó forzados al principio de la insurrección, ó exaltados por las pasiones, tomaron parte en ella, reconocen sus deberes hacia la patria y su soberano. Si el ejemplo del gobernador y guarnición de Peñíscola se hubiese dado de antemano por otros jefes, se habrían evitado la mortandad y los desastres que han affigido á la desgraciada España.» Mas para honra y consuelo de esta España fueron contados, muy contados, los que antes y después cargaron con el baldon de la deslealtad. El Navarro entró al servicio del intruso, único camino que le quedaba, como quien no podía vivir ya entre honrados y pundonorosos españoles.

No en todas partes iban mal las cosas para nosotros en el principio de este año. Vimos en el capítulo anterior que después de haber introducido los franceses un convoy en Ciudad-Rodrigo, el duque de Ragusa (Marmont) y el general Dorsenne, en vez de dar batalla á los ingleses, se separaron, acantonando Marmont sus tropas desde Salamanca á Toledo. Esta retirada y la expedición de Montbrun á Alicante de que hablamos arriba, vinieron bien á Wellington para formalizar el sitio de Ciudad-Rodrigo que tiempo hacia estaba preparando. Alentaba también al general inglés la circunstancia que él no ignoraba de haber sido llamada á Francia la famosa guardia imperial, á consecuencia de los temores de una próxima guerra con Rusia. Mandó al general Hill que se moviese hacia la Extremadura española, á don Carlos de España y don Julian Sanchez que se situaran en el Tormes para incomunicar al duque de Ragusa que estaba en Salamanca, y él se presentó el 8 de enero en actitud de embestir la plaza de Ciudad-Rodrigo, cuyas fortificaciones habían reparado y aumentado los franceses. Aquella misma noche se apoderó de un reduto levantado en el cerro ó teso de San Francisco (2). Plantó en el mencionado teso tres baterías, la una de 11 piezas, y al saber que el general Graham con las de la primera paralela acababa de tomar el convento de Santa Cruz (13 de enero), rompió con aquellas el fuego el 14, en cuya noche se hizo dueño del convento de San Francisco, y del arrabal en que este fuerte estaba situado. En los días siguientes

(1) Publicóse en la Gaceta de Madrid del 21 de febrero.

(2) Algunos historiadores franceses, tomando la palabra teso ó collado por nombre propio, llaman á uno *le Grand-Teson*, y á otro *le Petit-Teson*.

hasta el 19 se completó la segunda paralela: en aquel día se practicaron dos brechas en el muro, de 30 pies de anchura, de 100 la otra; y se intimó la rendición al gobernador Barrié, que contestó estaba resuelto á sepultarse con la guarnición bajo las ruinas de la plaza.

Con tal respuesta no quedaba al general sitiador otro partido que tomarla por asalto, y así lo determinó, destinando á primera hora de aquella misma noche cinco columnas á embestir ó amagar por otros tantos puntos: resistieron los franceses con firmeza y resolución, pero no pudieron impedir que los aliados tomaran la cresta de la brecha grande, y de allí se extendieran lo largo del muro, y á poco se enseñorearon de la ciudad. Rindieron entonces las armas 1,700 hombres con su gobernador Barrié (1), únicos que habían quedado vivos de los 3,000 que componían la guarnición, pues los demás perecieron en la defensa. Perdieron los aliados 1,300 hombres, entre ellos los generales ingleses Mackinson y Crawford. Wellington puso la plaza en manos del general Castaños que mandaba en aquel distrito. Las cortes españolas compensaron á Wellington concediéndole la grandeza de España con el título de duque de Ciudad-Rodrigo. «La pronta caída de esta plaza, dice un escritor francés, admiró á todo el mundo, y causó un vivo disgusto al emperador.» No lo extrañamos, y mas sucediéndole este contratiempo en ocasión que la proximidad de la guerra de Rusia le obligaba á sacar de España 14,000 soldados veteranos, entre los 8,000 que hemos dicho de la guardia imperial, y 6,000 polacos del ejército de Aragón.

Puso Wellington en estado de defensa á Ciudad-Rodrigo, hizo reconstruir las fortificaciones de Almeida, y entregando aquella plaza á los españoles, y dejando esta guarnecida, después de haber provisto de este modo á la seguridad de las fronteras de Portugal, pensó ya en emprender el sitio de Badajoz. Púsose en marcha el ejército anglo-portugués el 5 de marzo, y el 11 sentó sus reales en Yelbes, donde se hallaba reunido un tren de sitio traído de Lisboa. Hizo luego echar un puente de barcas sobre el Guadiana una legua por bajo de la ciudad, y pasándole algunas de sus divisiones, embistió la plaza el 16; otras fueron destinadas á contener é impedir la reunión que se temía de los generales franceses duque de Dalmacia y de Ragusa (Soul y Marmont). Cooperó á estos movimientos el 5.º ejército español. Guarnecía la plaza con 5,000 hombres el general Philippon, acreditado ya por su valor y pericia en otras defensas, y había mejorado y aumentado las fortificaciones. Ahora mostró la misma inteligencia, la misma bravura y bizarría, aunque con adversa fortuna. El 19 dispuso que saliera una columna de 1,500 hombres, que no dejó de causar confusión en los puestos y destrozo en las obras de los sitiadores, pero que rechazada luego por la reserva de los aliados, regresó con 300 hombres de menos. No volvió Philippon á sacrificar en esta clase de tentativas tropas que necesitaba conservar para un momento crítico.

Llovió tan copiosamente del 20 al 25 (marzo), que la crecida del Guadiana arrastró el puente de barcas, y sin embargo los ingleses no suspendieron sus trabajos de asedio, y el mismo día 25 rompieron el fuego con 28 piezas en seis baterías contra el reducto llamado de la Picuriña, que tomaron al anochecer por asalto. En los días siguientes levantaron la segunda paralela, con que abrieron brechas en los baluartes de la Trinidad y Santa María.

Noticioso Wellington de que Soul venía sobre Extremadura, apresuróse á dar el asalto, que con extraordinario brío comenzaron á ejecutar diversas columnas á las diez de la noche del 6 de abril. No fué menos briosa la resistencia de los franceses, y hábiles fueron los medios que para prepararla había empleado Philippon. Ante ellos se acobardaron los ingleses, y se apiñaron confusamente en los fosos, en términos que por largo espacio se vieron allí acerbillados con todo género de instrumentos de muerte, sufriendo una mortandad horrible, que asustó á Wellington; el cual iba á dar ya la orden de retirada á los suyos, cuando supo que Picton se había

(1) Es de las pocas ocasiones en que están contestes en el número las historias españolas y francesas.

apoderado del castillo, y que la división Walker, escalado el baluarte de San Vicente, se extendía á lo largo del muro en aptitud de coger á los enemigos por la espalda. Reanimáronse con esto los aliados, arremetieron todos de nuevo con mayor furia, viéronse los franceses acometidos de frente y de espalda, y se entregaron prisioneros. Philippon, que con los principales jefes se había acogido al fuerte de San Cristóbal, se rindió la mañana siguiente. Wellington quedó dueño de Badajoz; caro le costó el triunfo; perdió en los asaltos muy cerca de 5,000 hombres.

Tan fatal y abominable como injusto é inmerecido fué el comportamiento de los ingleses en Badajoz. Como si hubieran entrado en una plaza enemiga, y no en una población amiga y aliada, que los esperaba impaciente para aclamarlos y agasajarlos, así se entregó la soldadesca al destrozo y al pillaje, y lo que fué peor todavía, al asesinato, de que fueron víctimas mas de 100 moradores de ambos sexos. Creemos que Wellington hizo esfuerzos por contener estos desórdenes y estos crímenes, y tal fué tambien la persuasión de las cortes españolas y de la Regencia, en el hecho de haberle dado aquellas las gracias, y premiándole esta con la gran cruz de San Fernando. Hizo el general británico con Badajoz lo que había hecho con Ciudad-Rodrigo, ponerla en manos de los españoles, entregándola al capitán general de Extremadura, que lo era entonces el marqués de Monsalud.

¿Qué había sido de los duques de Dalmacia y de Ragusa? En cuanto á Soul, que se hallaba en el Puerto de Santa María arrojando bombas sobre Cádiz y persiguiendo á Ballesteros, cuando supo que los ingleses iban á sitiar á Badajoz, juntó cuantas tropas pudo en Andalucía, y marchó á Extremadura á reunirse con el conde de Erlon. El 7 de abril llegó á Villafraña de los Barros. No imaginaba él la pérdida de la plaza; tenía sin cuidado la resistencia de la guarnición, y confiaba en la oferta que el de Ragusa le había hecho de venir á unirse con cuatro divisiones en el caso de que Badajoz se viese amenazada. Por lo mismo fué mayor su sorpresa y su enojo cuando supo hallarse ya rendida. Volvióse pues á Sevilla airado y mustio, dejando en Extremadura al conde de Erlon.— En cuanto á Marmont, acudia en efecto con sus cuatro divisiones en socorro de Badajoz, según había ofrecido, pero encontróse con orden del emperador, comunicada por el príncipe de Neufchatel, significándole que el emperador extrañaba que se metiera en lo que no le incumbía; que no se inquietara por la suerte de Badajoz, porque sobraban para acudir á sostenerla los 80,000 hombres del ejército del Mediodía; y que si Wellington iba allí, marchase sobre el Agueda y le obligaría á volver sobre sus pasos. En consecuencia de esta orden Marmont detuvo su marcha y tomó otro rumbo. Cuando Napoleon supo la caída de Badajoz, echaba la culpa de ella al duque de Ragusa y al de Dalmacia. ¡Tan desatentado andaba ya en disponer de los hombres y en juzgar de la guerra y de las cosas españolas (2)!

En efecto, Marmont en virtud de aquellas órdenes dirigiose sobre el Agueda con 20,000 hombres, y aprovechando la ocasión de no haber quedado del lado de Ciudad-Rodrigo sino algun regimiento inglés y la gente de don Carlos de España, hizo una tentativa y aun intimó la rendición á la plaza de Ciudad-Rodrigo, y envió una parte de sus tropas á bloquear la de Almeida, llegando su vanguardia á Castello-Branco (12 de abril), no encontrando sino cuerpos de milicias portuguesas que habían incendiado los almacenes. Al mismo tiempo el general Foy pasaba el Tajo por Almaráz con 4 ó 5,000 hombres avanzando á Trujillo. Pero ninguno de estos movimientos inquietó á Wellington: por el contrario, Marmont fué quien, noticioso de la pérdida de Badajoz, recelando comprometerse si se internaba mucho en Portugal, retrocedió (16 de abril) replegándose otra vez á Salamanca, y sin otro fruto de su expedición que haber amagado las dos mencionadas ciudades. Tambien Foy retrogradó sobre Almaráz. Y Wellington, dejando á Hill en Extremadura, tornó á sus antiguos cuarteles de Fresneda y Fuenteguinaldo, entre el Agueda y el Coa.

(2) Du Casse, Memoires, lib. XI.

Habia el 6.º ejército español contribuido con sus movimientos al buen éxito de las operaciones sobre Ciudad-Rodrigo y Badajoz, mandado siempre por Abadía, aunque subordinado este á Castaños. Este último general, que lo era en jefe de los tres ejércitos 5.º, 6.º y 7.º, se trasladó en principios de abril por Portugal á Galicia, donde además de alentar con su presencia aquellos habitantes, dictó providencias militares y administrativas muy convenientes. Asturias había sido evacuada por los franceses á últimos de enero de orden de Marmont, asustado con la pérdida de Ciudad-Rodrigo, lo cual no verificaron sin trabajo á causa de las muchas nieves, y de la persecución de Porlier y de los mismos paisanos. Y aunque todavía en la primavera volvió Bonnet al principado, su permanencia fué tan corta como agitada, volviendo á salir por el lado de la costa que parte término con Santander, no atreviéndose á verificarlo por la parte de Leon por temor al 6.º ejército español que en aquella tierra acampaba. Mandaba ya otra vez este ejército con general aceptación y aplauso don José María Santocildes, querido de la tropa y del país desde la defensa de Astorga.

Continuaba el 7.º ejército á las órdenes de don Gabriel de Mendizábal, compuesto casi todo de cuerpos sueltos y de guerrillas: eran el alma de estos, en los confines de Asturias y Santander, el infatigable y tantas veces nombrado don Juan Diaz Porlier (el Marquesito), en Cantabria, Salcedo, Campillo y otros activos guerrilleros; en las Provincias Vascongadas y sus límites de Castilla, Renovales, Longa, Jáuregui (el Pastor), y el cura Merino. Renovales organizó una brigada de 3 á 4,000 hombres, que comenzó á operar en la primavera de 1812. Jáuregui tomó el puerto de Lequeitio, auxiliado por una flotilla inglesa que cruzaba aquella costa. Las juntas, que se situaban en los pueblos que podían con objeto de fomentar el espíritu de insurrección y de auxiliar á los partidarios, eran perseguidas con encono por los franceses. Sorprendida la de Burgos en un pueblecito de la provincia de Segovia, y trasladada á Soria entre bayonetas, cuatro de sus individuos y algunos dependientes de ella fueron allí fusilados, y colgados de horecas despues (marzo, 1812). Semejante crueldad irritó de tal modo al cura Merino, el cual tampoco adolecía de blando, que de los prisioneros franceses que en su poder tenía hizo pasar por las armas veinte por cada uno de los vocales de la junta, y otros por los empleados de ella tambien sacrificados, entre todos en número de 100. Matanza horrible, provocada por la injustificable crueldad del francés.

Descollaba, como siempre, sobre todos en Navarra y provincias colindantes don Francisco Espoz y Mina, que muy á los principios de este año (11 de enero, 1812), presentes Mendizábal y Longa, derrotó cerca de Sangüesa una columna francesa mandada por el mismo gobernador de Pamplona, general Abbé, cogiéndole 400 hombres y dos cañones, teniendo el francés que salvarse al abrigo y favor de la oscuridad. Prosiguiendo Mina en su sistema de dispersar y reunir su gente cuando le convenia, desesperaba de tal manera á los enemigos, que al modo que en otra ocasión lo había hecho Reille, ahora tambien el general Dorsenne, juntando hasta 20,000 hombres de los cuerpos de Castilla y de Aragón, determinó hacer una irrupción brusca en Navarra, penetró en el valle del Roncal, abrigo y depósito de enfermos, de heridos y de municiones, hizo el estrago que era consiguiente, y puso en aprieto grande á Mina. Pero el diestro caudillo logró sortear las maniobras del francés y correrse al alto Aragón.

Aun le suponían por allí los enemigos, cuando inopinadamente y con general sorpresa se le vió aparecer la mañana del 9 de abril en las alturas de Arlaban en Guipúzcoa. Quince leguas había andado con sus tropas en un solo día. ¿Qué le movió á hacer tan violenta y precipitada marcha? Nuestros lectores recordarán que aun no hacía un año había sorprendido é interceptado en aquellos mismos sitios un importante y rico convoy que los enemigos llevaban á Francia. Moviéle ahora igual objeto; y en la exactitud con que le llegaban tales noticias y en la oportunidad con que se presentaba en los lugares, se ve cuán bien organizado y cuán fiel era el espionaje que Mina tenía. No era este convoy menos considerable que el otro; escoltabanle 2,000 hombres, é iban en él bastantes

prisioneros españoles. Mina y su segundo Cruchaga, tan hábiles y resueltos el uno como el otro para tales lances, circundaron el pueblo de Salinas, sito en el descenso de la montaña. Tan pronto como se descubrió el convoy, hicieron los nuestros una descarga, y antes que el enemigo pudiera volver de la sorpresa, arremetieronle á bayoneta calada, acometiendo tambien por otros lados el resto de los suyos, de forma que en breve espacio quedaron 600 franceses muertos, se cogieron 150 prisioneros con dos banderas, un rico botín, y mucha correspondencia del rey José que llevaba su secretario Deslandes, que murió tambien de un sablazo al salir del coche con intento de salvarse.

Pero al poco tiempo de esta acción, que podemos llamar la segunda proeza de Arlaban, vióse el mismo Mina en bien estrecho y apurado trance. Despues de esta hazaña habíase vuelto otra vez al reino de Aragón y su provincia de Huesca. Pasó á un pueblecito llamado Robres, con objeto de pedir cuenta de la conducta, ó mas bien de sus vejaciones y excesos, á un partidario nombrado Tris, y por apodo *el Malcarado*. Recelósele este; y sin que sirviese al noble caudillo el procurar inspirarle confianza encargándole la vigilancia del pueblo para evitar una sorpresa del enemigo, valiése el Malcarado de este mismo encargo para armarle una horrible traición. Veamos cómo cuenta el mismo Mina esta sorpresa, la única que sufrió en su larga vida militar (1). «Propúsome además Tris (dice) con toda la astucia de un alma depravada, que creía conveniente para mayor seguridad enviar á Huesca uno de sus confidentes á fin de que observara si la guarnición enemiga de aquel pueblo hacia algun movimiento, y en el caso de hacerlo diese pronto aviso. Convine en la propuesta, y de buena fe con esta mayor confianza nos echamos á descansar. Pero resultó que en lugar de la comision de observar llevó el confidente de Tris la de hacer mover las tropas que había en Huesca, y antes de amanecer del otro día (23 de abril) ya teníamos sobre Robres 800 infantes y 150 caballos de la division de Pannetier que desde Navarra se había ido corriendo á Aragón. Adelantáronse algunos caballos conducidos por el confidente enviado por Tris, y esta fué mi fortuna; rodean mi alojamiento, despiértome al ruido que sentía en la calle, me asomo á la ventana, y veo que los enemigos forcejean la puerta de la casa; llamo á mis asistentes, y corro á las armas. Mi maletero Luis Gaston á mis voces corre á la puerta, y medio la abre para observar lo que había: llego yo á ella al tiempo que uno de los húsares franceses hacia empeño de entrar con su caballo; deténgole yo dando al caballo con la tranca de la puerta..... arremolinanse otros cinco caballos que estaban próximos á la puerta con los movimientos del primero, y cejan algun tanto, dando lugar con esto á que yo pudiera cerrar la puerta y se me preparase el caballo; montado ya en él, hago al patron que abra enteramente la puerta, y salgo con precipitación seguido de algunos ayudantes que alojaban en la misma casa, y de un tajo de sable hiero malamente en un brazo al húsar que estaba mas próximo á mi salida; pico el caballo adelante dando grandes voces á mis soldados; atúndense estos; corren unos sin caballos hácia donde suena el grito; otros montados en pelo y muy á la ligera de ropas, otros sin armas y todos confusos y atolondrados. Y para que los mas puedan lograr su salida, entretengo á los enemigos corriendo de uno á otro lado, y sosteniendo sus ataques con un puñado de valientes que de pronto lograron reunirse. Poco despues Iribarren, Gurrea y algunos otros mas se me reunen, y con ellos hago mas frente al grueso de la caballería enemiga, y rechazo algunos grupos de ella, y cuando llegaba su infantería dejé el pueblo, y cada cual de los que me acompañaban tiró por donde pudo; los que se vieron imposibilitados de salir quedaron hechos prisioneros, y entre ellos mi maletero Luis Gaston; logré rescatar á mi ayudante secretario don Félix Boira, que se vió muy apretado por un trozo de enemigos, pero tenia serenidad y brío, y acostumbrado á salvar peligros, aunque herido, con mi auxilio se desembarazó de estos y vióse libre de sus garras.»

(1) Dejó escrita la relación de este suceso en sus Memorias, que conserva la virtuosa condesa de Mina, viuda del ilustre general.